

M. R.

D O N E N R I Q U E M O L I N A

SU EXISTENCIA se prolongaba como si un poder misterioso lo hubiera ligado por tiempo indefinido a la vida, atenta su conciencia a las circunstancias en torno. Vida ejemplar la suya en sus largos años de proficua actividad, de magisterio constante en la palabra y en la actitud. Por su entrega total a la colectividad dejaba la impresión de que se había integrado a los medios universitarios e intelectuales del país como parte de su propia alma.

Al saberlo ahora definitivamente inmovilizado en su físico, percibimos que de su espíritu inmortal emanan hálitos de grandeza, de voluntad, de inteligencia superior. Inquietado por la filosofía y el saber universal, el dinamismo y rectitud de sus intenciones y conducta, su visión promisorio, su receptividad por cuanto enriqueciera su mundo íntimo, configuraron su personalidad con rasgos relevantes que le dieron categoría egregia en Chile y en América.

Forjado en las disciplinas clásicas, con esa amplitud de enfoque propia del humanismo integral, todo en don Enrique Molina reflejaba serenidad, equilibrio, armonía, tolerancia, ponderación. Ni aun en los años de senectud, cuando la salud física sufre fatales quebrantos, su ideario se encapsuló en fórmulas rígidas, ni siquiera se entibió la llama de optimismo que siempre ardió en su mente.

A esas excelencias intelectuales y morales, se sumaron el ímpetu creador y la simpatía social. Al jalonar los hechos singulares de su vivir, muchos son los hitos que demarcan la eminencia del camino recorrido. Abogado y profesor de Historia y Geografía, se inicia en la docencia en los Liceos de Concepción y Chillán, luego ocupa el cargo de Rector del de Talca para continuar siéndolo por numerosos años en el de Concepción. Su paso por la cátedra y por la dirección de los dos últimos establecimientos muestran sus condiciones de

maestro. No es el mero jefe que ejerce la autoridad por disposición de un mandato gubernativo. Deriva ella de su ascendencia moral e intelectual, de su disposición comprensiva para con los adolescentes y de la lección que constituye su sola presencia anímica. Transmite a sus alumnos no sólo conocimientos con esa pedagogía nueva aprendida en el Instituto Pedagógico a cuyo primer curso perteneció don Enrique. Con unción siembra en las almas juveniles. Trata de infundirles ideas y conceptos a fin de formar personalidades asentadas sobre bases culturales y éticas sólidas. Se gana de inmediato el efecto de los estudiantes. Comprendió las alternativas y contradicciones del joven, el bullir de sus inquietudes, sus ensoñaciones plenas de idealidad. Antes que la palabra enfática, prefirió la amable y persuasiva, como de padre que sólo desea el bien de su hijo.

Sabía don Enrique la ineficacia de las medidas compulsivas, el peligro de reprimir la naturaleza del adolescente en expansión constante. Y su condición de maestro se subraya al proyectarse su lección hacia el mundo inédito de esas voluntades e inteligencias en tránsito. De ahí que sus alumnos siguieron considerándose siempre sus discípulos. Alejados de las aulas, hombres en la plenitud de su quehacer vital, allí, en el lugar que estuvieran, donde había un ex alumno de don Enrique, había también un amigo, un admirador, un corazón agradecido.

Su misión de maestro no desmayó sino hasta los linderos de la hora fatal de su partida definitiva. Mas esa misión se proyecta en sus libros, en sus pensamientos y reflexiones, y en sus obras que resumen la esencia de su personalidad. Ellos han de sobrevivirlo porque está más allá de lo temporal, porque se han incorporado al espíritu de quienes sientan y comprendan como él sintió y comprendió: los problemas eternos que han torturado al pensamiento humano en ese bucear por los misterios del origen del hombre y de su destino.

No ha de entregarnos un recetario de ideas, un catálogo de principios para llevarnos por un camino determinado hacia una finalidad precisa. Insinúa, sugiere, deambula por los vericuetos del ser y del cosmos. No se detiene en una explicación mecanicista de la vida. Aun cuando su formación juvenil queda dentro del positivismo imperante hasta principios del siglo xx, él recoge, estudia, analiza las nuevas corrientes filosóficas llegadas de Francia y comparte con Bergson el poder que la intuición tiene como instrumento de conocimiento, sin negar por ello el valor que posee la razón discursiva como otra luz que nos ayuda en la búsqueda de la verdad. "Por medio de la intuición —escribió— la filosofía aspira a penetrar en la esencia de la vida



DON ENRIQUE MOLINA

y del Universo, en lo que dura y se halla en perpetua movilidad, regiones a donde no puede llegar la inteligencia que se ocupa de lo inerte, de lo material y divisible”.

Hay en lo íntimo de su conciencia un dialogar consigo mismo, un vivir en permanente caminar por lo que estima más privativo de la esencia del ser: el espíritu, lo que enaltece al hombre, diferenciándolo de las demás especies animadas. Y acaso por eso al formular el lema de la Universidad de Concepción pensó que es condición para el desarrollo del espíritu dejarlo liberado de toda atadura que constriña su fuerza infinita de expansión y creación.

El mismo título de sus obras demuestran cuáles fueron las constantes de su inquirir en las profundidades de la psique: *De lo espiritual en la vida humana* (su obra capital), *Por los valores espirituales*, *La Filosofía de Bergson*, *Proyecciones de la intuición*, *Herencia moral de la filosofía griega*, *Tragedia y realización del espíritu*.

Vivió inmerso en el alma helénica y bajo el signo de las virtudes más preclaras aconsejadas por los filósofos griegos, a quienes don Enrique consideraba “espíritus que viven al lado de nosotros, que viven para nosotros y que, cuando queremos escucharlos, saben hablarnos con sus palabras y con su ejemplo de las buenas cosas eternas de la vida. En nosotros está hacer nuestra jornada por el mundo en tan inspirada y delectable compañía”.

Y esa compañía le dio no sólo calidad de sabio y justo, sino además la de idealista forjador de realidades enaltecedoras del individuo y la comunidad. Se evadió de todo quietismo contemplativo a fin de sintonizar las inquietudes del hombre contemporáneo y adecuar la acción individual a las necesidades presentes y futuras de la sociedad.

En este aspecto hay que subrayar la intervención que tuvo como inspirador de la creación de la Universidad de Concepción junto a otros varones ilustres de esta ciudad. Puso él en movimiento todo el dinamismo y entusiasmo de su voluntad, toda su experiencia y conocimientos en concebir y realizar esos propósitos. Difícil tarea fue la de los iniciadores de esta Casa de Estudios Superiores. Se requirió de esfuerzos constantes, de optimismo sin desmayos, a fin de soslayar tropiezos e incomprensiones. Fueron ellos sorteados airosamente hasta asentar el nacimiento de la Universidad sobre bases que aseguraran la solidez de la construcción proyectada. Don Enrique pudo contemplar en sus 36 años de Rectoría cómo poco a poco, piedra sobre piedra, idea sobre idea, esa construcción material y espiritual se ampliaba, se elevaba hasta concluir sus líneas más cabales.

¡Qué satisfacción debió ser la suya al contemplar desde su retiro que sus esfuerzos eran continuados y renovados por las generaciones de maestros y alumnos que se suceden sin término! ¡Y qué satisfacción también la suya al saber la unánime admiración de todos los chilenos, por sobre fronteras sociales, económicas, políticas!

Cuando la noticia de su fallecimiento estremeció los corazones, pareció que todo Chile se concentró en un mismo pensamiento dolorido, que algo de sus propias entrañas se desgarraba. Recobrada ahora la conciencia, bien se puede afirmar que don Enrique Molina no ha muerto, que está junto a quienes como él alientan los mismos ideales de una humanidad de hombre hermanados por la aspiración de conquistar la verdad y la justicia y de expresar la belleza, de gozarla en sus variados matices.

Apenas se han bosquejado en estas líneas las calidades que sitúan a don Enrique entre los grandes de nuestro país, entre aquellos que laboraron con la palabra y el ejemplo.

La Universidad de Concepción, a través de *Atenea* —expresión del espíritu de don Enrique—, destinará un número especial en homenaje suyo, en cuyas páginas se valorarán su pensamiento, su acción como inspirador y realizador de esta Universidad y su magisterio en quienes recibieron sus lecciones en la docencia y en los caminos de la vida. Acaso sean muy pocos los que no se reconozcan sus discípulos aun cuando nunca hayan sido sus alumnos.